

Importancia de las reliquias y tipología de relicarios en el Camino de Santiago en España

M.^a Luisa MARTÍN ANSÓN
Universidad Autónoma de Madrid

Al abordar este tema es necesario hacer, aunque de forma somera, algunas consideraciones sobre la espiritualidad del hombre del medievo. Estas, sin duda, nos ayudarán a comprender el papel tan importante desempeñado por las reliquias en sus creencias y prácticas religiosas.

A excepción de la plegaria litúrgica de los monjes, la oración apenas era practicada en el mundo medieval. Sólo el Pater Noster y la primera parte del Ave María eran conocidos por todo el mundo. Los Salmos tuvieron un papel destacado entre los clérigos y los laicos cultos que impulsaron su traducción a lengua vulgar.

Así pues, la relación del hombre con Dios no puede explicarse sólo mediante la plegaria. Hay que buscar otras formas de devoción en las que los ritos y los gestos sirven para establecer el contacto con la esfera de lo sobrenatural. Estas se van encadenando de modo que unas conducen a otras.

Entre las prácticas piadosas, *la peregrinación* ocupa el lugar por excelencia. Entendida en un sentido amplio, se trata del viaje, emprendido individual o colectivamente, para visitar un lugar santo, donde se manifiesta de un modo particular la presencia de un poder sobrenatural¹. De esta forma, está presente en casi todas las religiones. En el ámbito cristiano puede tener dos finalidades diferentes, bien la visita de los Santos Lugares, bien el culto de los santos y de sus reliquias. Pero, en cualquier caso, salvo extraña excepción, los lugares destino de pe-

reginación son aquellos que guardan importantes reliquias. Dios actúa por medio de ellas.

El poder de *las reliquias* era ilimitado. Según la doctrina de San Gregorio Nacianceno, el que toca o venera los huesos de un mártir participa de la virtud y gracia que reside en ellos y que es la misma del Poder que tiene su santa alma³. Junto al culto a las reliquias de los mártires, sin duda el fenómeno más característico en Occidente, entre las manifestaciones de la fe cristiana, fue el culto a las reliquias carnales de Cristo. Gotas de su sangre se creía que habían sido recogidas durante su agonía, habían impregnado su paño de pureza e incluso habían llenado místicamente el cáliz del Graal. Por contacto y analogía, todos los instrumentos de la Pasión se convierten en preciosas reliquias, particularmente la madera de su cruz.

Aunque obviamente nos vamos a centrar en su significación religiosa, no hay que olvidar el aspecto económico y los pingües beneficios que las peregrinaciones proporcionaban. Era una razón más para que obispos y abades quisiesen dotar a su iglesia o monasterio de una reliquia insigne, que atrajera la piedad de los fieles. Sabían que el porvenir y la celebridad de su monasterio dependían en buena medida de su tesoro de reliquias.

Frecuentemente se convertían en fuente de financiación para sus construcciones. Recurrían para recaudar fondos incluso a lo que Gimpel llama «tournée de reliques»⁴, ya que, a menudo, salían de sus límites fronterizos para obtener recursos y contribuir a terminar obras iniciadas e interrumpidas.

Este afán por poseer reliquias condujo, ya desde la antigüedad, a una serie de excesos. En 386 Teodosio recuerda las prescripciones en vigor sobre el desplazamiento de los cuerpos, pues el comercio de reliquias se había convertido en un negocio lucrativo. A comienzos del siglo IX se forma en Roma una asociación consagrada a la venta de reliquias. El más notable de los traficantes fue un diácono llamado Deusdona que, como Roma e Italia sólo le ofrecían una débil salida, hacia 827 se decidió a intentar la exportación. Su viaje en 827 a Aix-la-Chapelle, le dio a conocer y hacia 830 se le encuentra más allá de los Alpes⁴. En 1215 el IV Concilio de Letran prohibirá venerar un objeto sin permiso expreso. A partir de ese momento el culto a las reliquias perderá algo de intensidad.

En el propio Codex Calixtino se alude explícitamente a ciertos intentos de manipulación de reliquias. Al referirse a la visita del cuerpo de San Leonardo de Limoges dice: «... *sus sagrados restos son inamovibles. Así pues, ruboricense los monjes de Corbigny, que dicen poseer el cuerpo de San Leonardo, puesto que, como dijimos, en modo alguno pue-*

de ser movida la más insignificante porción de sus huesos o de sus cenizas. Los corbiniacenses, pues, y otros muchos disfrutaban de sus beneficios y milagros, pero se equivocan en cuanto a su presencia corporal, pues no habiendo podido ellos tener el cuerpo de San Leonardo, dan culto en lugar de San Leonardo de Limoges al de un cierto varón llamado Leotardo que, se dice que, colocado en un arca de plata, les fue llevado de las tierras de Anjou, y cambiándole el nombre propio después de su muerte, como si hubiera de ser bautizado de nuevo, le impusieron el nombre de San Leonardo, para que con la fama de tan grande y famoso nombre, es decir, de San Leonardo de Limoges, fuesen allá los peregrinos y los enriquecieran con sus ofrendas»⁵.

A través de las reliquias se presentaba lo santo al pueblo en forma visible y como una fuerza que actuaba mágicamente. Así pues, la exposición y veneración de estas reliquias implicará el lujo y riqueza de sus envoltorios. Se elegirán los materiales más preciados y preciosos e incluso el propio edificio arquitectónico adquirirá, a veces, el valor de relicario, como es el caso de la Sainte Chapelle de París o la basílica de San Francisco en Asís.

Los materiales usados (oro, plata, marfil, piedras preciosas, perlas, etc.) generalmente tienen valor simbólico intrínseco, que se desvela ya en el relato del Apocalipsis cuando se describe la Jerusalén mesiánica (cap.21, V.15-22). Numerosos son los autores que en el ámbito medieval, insisten en este aspecto. Es esta imagen de la Jerusalén celeste la que trata de plasmarse en la construcción y decoración de las iglesias. Además, las riquezas que guarda la casa de Dios ayudan a atraer a la población hacía la fe. » *En oro, plata y piedras preciosas, dice Rupert de Deutz (1129), se enciende en cada uno de los lugares una oración solemne»⁶.*

La variedad tipológica que presentan los relicarios es muy interesante. A veces, ante la gran demanda llegaron a realizarse más o menos en serie, dentro de un proceso de industrialización que, a menudo, les resta calidad artística. Pero, habitualmente, se hacían en función de la reliquia que iban a contener, lo que determinaba una iconografía y una forma precisa.

Las reliquias, signos vivos y palpables de Dios, desempeñan un papel básico, la realización de *milagros*. Tomar el bastón de peregrino significa, como dice Vauchez «*ocupar un espacio sagrado donde la potencia divina ha escogido manifestarse mediante los milagros*»⁷.

Los milagros suponen un medio de comunicación con el más allá. Dios continúa revelándose al hombre mediante prodigios. Manifiesta, además, su protección a la Iglesia, en un época difícil por la amenaza de las herejías. Para dar notoriedad y autenticidad a los milagros, se escri-

ben los «*Libelli*», con sus relatos que se leían al pueblo, a veces ante la presencia de los miraculizados. Esta costumbre parece que fue introducida por San Agustín que incluía algunas lecturas en sus sermones.

En este sentido, en el Libro Segundo del Codex Calixtino, donde se recogen los veintidós milagros más importantes de un total de veintisiete, se hace hincapié en la trascendencia que tiene la difusión de los milagros así como el modo en que se narren. Comienza diciendo: «*Es de suma importancia encomendar a la escritura y dar a perpetua memoria para honor de nuestro señor Jesucristo los milagros de Santiago. Porque al ser narrados por expertos los ejemplos de los santos, son movidos piadosamente al amor y dulzura de la patria celestial los corazones de los oyentes*»⁸.

La propia guía de Aymeric aconseja la visita de aquellos lugares donde se guardan reliquias. De este modo, en su camino hacia Santiago y hasta llegar al objetivo máximo, la veneración del sepulcro del propio santo, los peregrinos jacobeos se detienen en aquellos sitios donde existen cuerpos o fragmentos de santos. Ante ellos rezan, solicitan su protección y escuchan las milagrosas historias que de ellos se cuentan. Así fortalecen su espíritu e incluso muchas veces obtienen los favores solicitados por su mediación, antes de culminar su viaje.

El Libro Quinto, en su capítulo VIII, trata «*De los cuerpos de los santos que descansan en el Camino de Santiago, y que deben ser visitados por sus peregrinos*»⁹. Hace un relato siguiendo las cuatro vías propuestas en tierra francesa. Llama la atención que, en más de una ocasión, alude a sus ricos sepulcros hechos de oro, plata y piedras preciosas.

La enumeración concluye en tierras españolas donde la relación es bastante más breve, se mencionan el cuerpo de Santo Domingo; los de San Facundo y Primitivo, cuya basílica levantó Carlomagno; en León, el cuerpo de San Isidoro y, por último, en Compostela, el dignísimo cuerpo del Apóstol Santiago. De este modo, peregrinación, veneración de reliquias y suplica para la obtención del milagro se integran en una práctica piadosa fundamental en el medievo.

A pesar de que el Calixtino es bastante parco al referirse a España, son numerosos los lugares poseedores de reliquias cuya visita era más o menos obligada. Conviene recordar a este respecto que la práctica del culto a las reliquias de los santos era especialmente recomendada por la vieja liturgia hispana¹⁰.

Sin duda, con el paso del tiempo, los peregrinos que transitaban por los caminos, eran objeto de prodigios y milagros cuya fama se difundía con prontitud. Así determinadas imágenes y reliquias adquirían renombre y se convertían también en centros de veneración. El peregrino con frecuencia encontraba en ellos la solución a sus problemas a ve-

ces antes de llegar a la tumba del Apóstol. En otras ocasiones, el favor que no había obtenido del Santo, lo conseguía a su vuelta. En este sentido, por ejemplo, el culto a Santa María la Blanca, en Villalcazar de Sirga, llegó a rivalizar con el propio Santiago.

De las distintas vías de penetración desde suelo francés, elegimos la de mayor tradición jacobea, la que une Roncesvalles con Santiago de Compostela. Dados los límites impuestos para el artículo, sólo haremos referencia a algunas reliquias, así como a sus envoltorios.

Sin embargo, los relicarios que señalaremos son suficientemente significativos para obtener una visión de su variada tipología, teniendo en cuenta la diferencia cronológica y la finalidad. La función del relicario no se limita a proteger y honrar, por la calidad y el brillo de los materiales empleados, una determinada reliquia. Además debe hacer visible su presencia, bien mostrando la reliquia directamente, bien a través de símbolos, iconografía o evocando su forma.

Si la ruta de Somport debió su prosperidad al tráfico comercial, fue el espíritu de cruzada el que abrió la de Roncesvalles. Al viaje jalonado por reliquias y cuerpos santos vino a superponerse el trazado por la imaginación épica¹¹.

En este sentido, encontramos en la propia colegiata de *Roncesvalles* un magnífico relicario conocido popularmente como Ajedrez de Carlomagno. El emperador se convirtió en la figura central y tanto los peregrinos que iban a Compostela como los cruzados que venían a luchar contra los moros, le consideraran su patrono. En el Libro IV del Codex Calixtino se cuentan las tres apariciones de Santiago a Carlomagno con el encargo de liberar a España de los sarracenos y visitar su sarcófago.

La versión del Pseudo-Turpín presenta al emperador como cabeza del imperio de occidente, guerrero invencible, gran político y le atribuye legendariamente el descubrimiento del sepulcro. El destino de Santiago estaba, pues, indefectiblemente unido al de Carlomagno.

El nombre con que se conoce esta espléndida pieza de plata y esmalte traslúcido solo se explica recurriendo a la leyenda. Por su disposición en forma de tablero, se creía que el emperador jugaba al ajedrez sobre él en Valcarlos cuando Roldán, al darse cuenta de que había sido traicionado, hizo sonar su cuerno para prevenirle. Se dice que tocó tan fuerte que a la tercera vez la sangre le salía por la boca y la nariz y aun el mismo cuerno reventó de un lado. Así certifica haberlo visto con sus propios ojos el viajero Domenico Laffi, quien estuvo en Santiago en tres ocasiones, en 1666, 1670 y 1673¹². De igual modo, se pensaba que había sido donado por el propio emperador.

En realidad la obra corresponde al siglo XIV y lleva punzón de Montpellier. Presenta forma de tablero rectangular. Tiene alma de madera.

Treinta y dos casillas que contienen reliquias cerradas con cristal de roca, alternan con treinta y una placas esmaltadas. Si a estas añadimos veinte más que se distribuyen por el marco tenemos un conjunto de cincuenta y una láminas de esmalte traslúcido.

Bajo el cristal de roca se ven las etiquetas que identifican las reliquias, cuya grafía es característica de fines del siglo XIV o principios del siglo XV. Sobre la procedencia de las reliquias existen diversas leyendas. Se dice que unas fueron regalo del propio Carlomagno, mientras otras proceden del Arca Santa de Oviedo y algunas, de Oriente, de Roma y de santos españoles¹³.

En las placas esmaltadas se puede seguir todo un programa iconográfico centrado en torno al tema del Juicio Final y la Redención de la humanidad. A modo de pequeños iconos rectangulares, la estructura en cuadrícula asigna campos iguales cualquiera que sea el grado de jerarquía de la imagen. Este panel, estauroteca y relicario colectivo, es también, en opinión de M. Gauthier, el icono de una *Summa Teológica*¹⁴.

En *Obanos* conoceremos la historia de San Guillén y Santa Felicia, príncipes de Aquitania. Un relicario de los denominados anatómicos guarda el cráneo de San Guillén. Es una pieza de plata con una especie de embudo que protagoniza una curiosa ceremonia dejando pasar el agua y el vino recién fermentado, santificándolo¹⁵. Sus reliquias se conservan en una urna barroca, en Arnotegui.

Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros el relicario que, en *Estella*, guardaba una espalda de San Andrés, dejada por el obispo de Patrás, viajero a Santiago muerto en 1270. De la descripción que nos da B. Lezaún y Andía, cronista de la villa en 1698, quien nos dice que lo mandó hacer Carlos II y era «un relicario piramidal de plata sobredorada y al pie dos escudos de armas...», cabe pensar en un relicario de estructura arquitectónica¹⁶. Fue sustituido en el siglo XVIII y este último robado en 1979.

En esta sucesión de visitas, los peregrinos que querían venerar los restos de los mártires, tenían una de carácter casi obligado. Desde Azofra podían tomar un desvío que, a través de Cañas, conducía a *San Millán de la Cogolla*. El santo ermitaño, cuyo culto estaba extendido por la Rioja y Castilla, trataba de emular a Santiago. Como él se había aparecido en un caballo blanco para defender a los cristianos de los moros.

En San Millán, los viajeros veían las cuevas donde el santo tuvo su morada y oratorio, integradas después en una iglesia del siglo X, y, especialmente, el arca de marfil que contenía sus restos. En ella están narrados con gran detalle su vida y milagros. Casi arruinada por la invasión napoleónica, debió ser obra de singular belleza, habida cuenta de las descripciones que conocemos de Prudencio de Sandoval¹⁷ y de Yepes¹⁸.

Como ha señalado Bango¹⁹, esta obra, además de narrarnos la historia de San Millán, resulta uno de los testimonios más esclarecedores sobre el proceso de construcción y financiación de una creación artística del período. Los artífices, Engelram, su hijo Rodolfo y el discípulo Simeone, eran probablemente de origen germánico pero, sin duda, impregnados de hispanismo, como demuestran ciertos motivos ornamentales y la indumentaria de algunos personajes. Esta coincide en buena medida con la que el autor del Calixtino describe al hablar de los navarros: «visten con paños negros y cortos hasta las rodillas solamente, a la manera de los escoceses, y usan un calzado que llaman abarcas, hechas de cuero con pelo, sin curtir, atadas al pie, dejando desnudo el resto. Gastan unos capotes de lana negra, largos hasta los codos y orlados a la manera de una paenula, que llaman sayas...»²⁰.

Entre las visitas recomendadas por Aymeric Picaud se encuentra la tumba de *Santo Domingo*: «Después se ha de visitar en España el cuerpo de Santo Domingo, confesor, quien hizo la calzada que hay entre la ciudad de Nájera y Redecilla del Camino en donde descansa»²¹. Sin embargo, aquí el gallo y la gallina, descendientes de los que el juez estaba comiendo cuando llegaron los padres del pobre peregrino a pedir que lo descolgara de la horca, suponían un atractivo más importante que los restos del propio santo.

En ocasiones una imagen podía adquirir el valor de reliquia sagrada. Es el caso del Santo Cristo del Convento de los Agustinos de *Burgos*, cuya talla la tradición atribuía a Nicodemo. La fama de sus milagros era difundida a través de las guías y de las canciones de peregrinos²².

En *León*, Aymeric Picaud aconseja visitar el cuerpo de San Isidoro: «Luego, en la ciudad de León, se ha de visitar el venerable cuerpo de San Isidoro, obispo y confesor o doctor, quien estableció una piadosísima regla para los clérigos de su iglesia, infundió sus doctrinas al pueblo español y honró a toda la Santa Iglesia con sus floridos escritos»²³.

Sus restos se conservan en el Monasterio, adonde llegaron en diciembre de 1063 desde Sevilla, por mandato de Fernando I. El Libro de los milagros de Lucas de Tuy recoge cual era el ambiente entre los devotos y los favores que recibían.

El relicario que contiene los restos de San Isidoro es un arca metálica cuya existencia consta desde 1065. El ciclo figurativo incluye escenas del Génesis. Probablemente se trata de una obra de artistas germanos afincados en el reino leonés²⁴. Este modelo de relicario es, en realidad, un pequeño monumento en forma de tumba.

El peregrino en su camino hacia Compostela se ve inmerso en una nueva preocupación teológica, compartida con el resto de la cristiandad europea. Ya durante el siglo XII la Iglesia puso el acento en la pre-

sencia real de Dios en la Eucaristía. Por el misterio de la transustanciación, la Hostia se convierte, en todos los lugares donde se celebra una misa, en el cuerpo de Cristo. La Hostia llega a ser ella misma una reliquia de Dios hecho hombre.

El 11 de abril de 1265 la Iglesia confirmaba, mediante la Bula *Transiturus*, el dogma sobre el sacramento eucarístico. Esta bula condenaba las herejías que negaban la realidad de la Encarnación. Esta reafirmación coincidió con el milagro acaecido en Bolsena durante el pontificado de Urbano IV. Examinados los Corporales por los teólogos, se encargó a Tomás de Aquino en 1267 escribir los nuevos himnos para la misa especial del Santo Sacramento, fiesta instaurada para ratificar el dogma. Estos mismos Corporales determinarán la construcción de la catedral de Orvieto y de una de las piezas capitales de la orfebrería y esmaltería, el relicario de Ugolino di Vieri. Además, en el siglo XIII, se reglamenta el «rito de la elevación» ya que se creía que la visión permanente de la Hostia consagrada producía efectos salvíficos y esto llevó a numerosos abusos.

El tipo de relicario por excelencia será la custodia o, en cualquier caso, la reliquia deberá mostrarse directamente. En *O Cebrero*, después de conocer el relato del milagroso prodigio²⁵, el peregrino podía contemplar el cáliz y la patena, en los que, según la tradición, se obró el milagro²⁶, así como dos ampollas de cristal de roca que contienen las reliquias. Tal como relata Yepes, la Reina Católica mandó hacer un relicario. A. de Morales lo describe diciendo: «El misterio está en dos ampollitas muy pequeñas de cristal, guarnecidas de plata. En la una dicen está la carne, y en la otra la sangre, en un trapito»²⁷.

El peregrino confortado con todas estas visiones y los consiguientes relatos, llegaba por fin a *Compostela*, objetivo final de su viaje, donde veneraba los restos del Apóstol. El altar colocado encima del cuerpo del Santo es un tipo de relicario más. Esta interpretación aparece en numerosas ocasiones. Por ejemplo, la inscripción del paliotto de San Ambrosio de Milán lo considera a la vez altar y relicario.

De la riqueza del frontal y el ciborium (donados por Gelmírez en 1105) así como de la «*tabula retro altaris*» (treinta años posterior), nos dan cuenta la Historia Compostelana, la Guía del Calixtino y las descripciones de algunos viajeros, entre ellos A. de Morales.

Su apariencia general, conocida por un dibujo del siglo XVII, anterior a su fundición, evoca la de un sacrófago o arca de reliquias²⁸.

Sería muy tentador entrar a considerar sus antecedentes, la posible decoración esmaltada, etc., pero, en este momento queda fuera de lugar. No obstante hay que tener en cuenta que la disposición de la *confessio*, altar, ciborium, etc. debió ser un reflejo más de la rivalidad con la sede romana.

NOTAS

¹ L. VAZQUEZ DE PARGA, J. M. LACARRA y J. URÍA RIU: *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*. Madrid, 1949, vol. I, p. 9.

² DELEHAYE: *Les origines du culte des martyrs*. 1933, p. 116.

³ J. GIMPEL: *Les batisseurs de cathédrales*, París, 1980, p. 46.

⁴ F. CABROL y H. LECLERC: *Dictionnaire d'Archeologie Chretienne et de Liturgie*. París, 1948, t. 14, 2.^a part., col. 2320 y 2321.

⁵ A. MORALEJO, C. TORRES y J. FEO: *Liber Sancti Jacobi Codex Calixtinus*. Santiago de Compostela, 1951, pp.534-535.

⁶ V. ELBERN: «Orfebrería en la Edad Media Románica». *Goya*, n.º 43-45, 1961, p. 117.

⁷ A. VAUCHEZ: *La espiritualidad del Occidente Medieval*. Madrid, 1985, p. 122.

⁸ A. MORALEJO, C. TORRES y J. FEO: *op. cit.*, p. 335.

⁹ *Idem*, pp. 524-549.

¹⁰ I. BANGO TORVISO: *El Camino de Santiago*. Madrid, 1993, p.54.

¹¹ S. MORALEJO: «El arte del Camino de Santiago». En L. CARANDEL, F. LOPEZ ALSINA y J. M. YAGÜES: *El Camino de Santiago*. Barcelona-Madrid, 1991, p.17.

¹² D. LAFFI: *Viaggio in Ponente a San Giacomo di Galitia, e Finisterrae*, di D. Laffi Bolognese: Aggiuntui molte curiosità doppo il suo terzo Viaggio a quelle Parti.... Terza impressione in Bologna per gl'Eredi del Pisarri, 1681, p.124.

¹³ «...*De pane cenae Domini, et de pane ordeaceo quo Dominus satiavit quinque millia hominum, et particula denariorum quibus venditus fuit Christus Dominus noster- De arbore quam plantavit Jesus Christus ut faceret umbram matri suae*». Ver J. J. MARQUET DE VASSELOT: «Le Tresor de l'Abbaye de Roncevaux». *G.B.A.*, XVIII, 1897, p.329.

¹⁴ M. M. GAUTHIER: *Les Routes de la Foi. Reliques et reliquaires de Jerusalem a Compostelle*. Fribourg, 1983, p.130.

¹⁵ A. J. MARTIN DUQUE y otros: *El Camino de Santiago en Navarra*. Pamplona, 1991, pp.91-92.

¹⁶ B. de LEZAUN Y ANDIA: *Memorias históricas de la ciudad de Estella (1698)*. Transcripción y notas, M. C. LACARRA, F. PEREZ OLLO y G. CASTELLANOS, Pamplona, 1990, p.112.

¹⁷ P. de SANDOVAL: *Primera parte de las fundaciones de los monasterios del glorioso Padre San Benito*. Madrid, 1601, fol.40v.

¹⁸ Fr. A. YEPES: *Crónica General de la Orden de San Benito*. Madrid, 1960, vol. III, p.68.

¹⁹ I. G. BANGO TORVISO: *Elrománico en España*. Madrid, 1992, pp.13-14 y 200-203.

²⁰ MORALEJO y otros: *op. cit.*, libro V, cap. VII, p. 519.

²¹ MORALEJO y otros: *op. cit.*, Libro V, cap. VIII, p. 549.

²² Ver al respecto: «Viaje de Leon Rosmhital», en J. GARCIA MERCADAL: *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Madrid, 1959. Relación según Shahchek, vol. I, pp. 264-265. Relación según Tetzl, vol. I, pp. 295-296. H. FLOREZ: *España Sagrada*. Madrid, 1771, Burgos, 1990, t. XXVII, col. 495. G. MANIER: *Peregrinación de un campesino picardo a Santiago de Compostela, a comienzos del siglo xviii. Relación de las particularidades de este viaje*, en J. GARCIA MERCADAL: *op.cit.*, vol. III, p. 355.

²³ A. MORALEJO y otros: *op. cit.*, libro V, Cap. VIII, p. 549.

²⁴ M. GOMEZ MORENO: «El arca de las reliquias de San Isidoro». *A.E.A.V.A.*, 1932, pp. 205-212.

²⁵ EL LICENCIADO MOLINA: *Descripción del Reyno de Galizia*. Imp. Agustin Paz en 1550, fol. 21v. Ed. Bibliof. Gallegos, Compostela, 1949.

²⁶ Ver al respecto: J. VILLAAMIL Y CASTRO: «Exposición regional de Lugo de 1896». *B.S.E.E.*, IV, p.168. *GALICIA NO TEMPO*, Monasterio de San Martín Pinario.

Santiago de Compostela 1991, p. 217. Para otros aspectos: E. VALIÑA SAMPEDRO: *El Camino de Santiago. Estudio histórico-jurídico*. Madrid, 1971, p. 153. E. VALIÑA y otros: *Inventario artístico de Lugo y su Provincia*. Madrid, 1976, t. II, p. 131.

²⁷ A. de MORALES: *Viaje de... por orden del Rey Felipe II a los reinos de León y Galicia y Principado de Asturias*. Madrid, 1765, p. 167

²⁸ S. MORALEJO ALVAREZ: «El patronazgo artístico del arzobispo Gelmirez (1100-1140): su reflejo en la obra e imagen de Santiago». En: *Atti del Convegno Internazionale di Studi. Pistoia e il Cammino di Santiago. Una dimensione europea nella Toscana medioevale*. Settembre, 1984. Napoli, 1987, p. 271. Ver también: *idem*, «Ars Sacra et sculpture romane monumentale: Le Trésor et le chantier de Compostelle». *Les Cahiers de Saint Michel de Cuxá*, n.º 11, 1980, pp. 189-238.

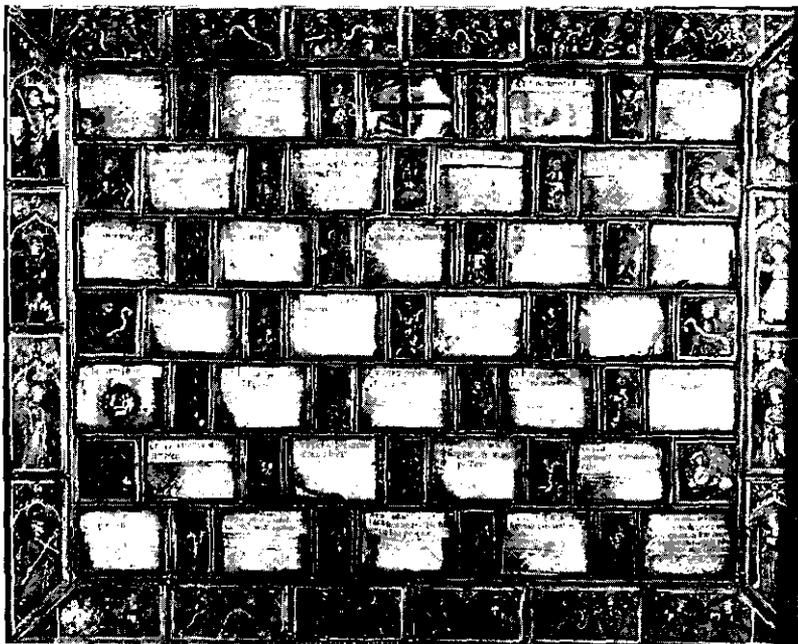


Fig. 1.—Relicario de Roncesvalles (ajedrez de Carlomagno).



Fig. 2.—Relicario de S. Guillén.

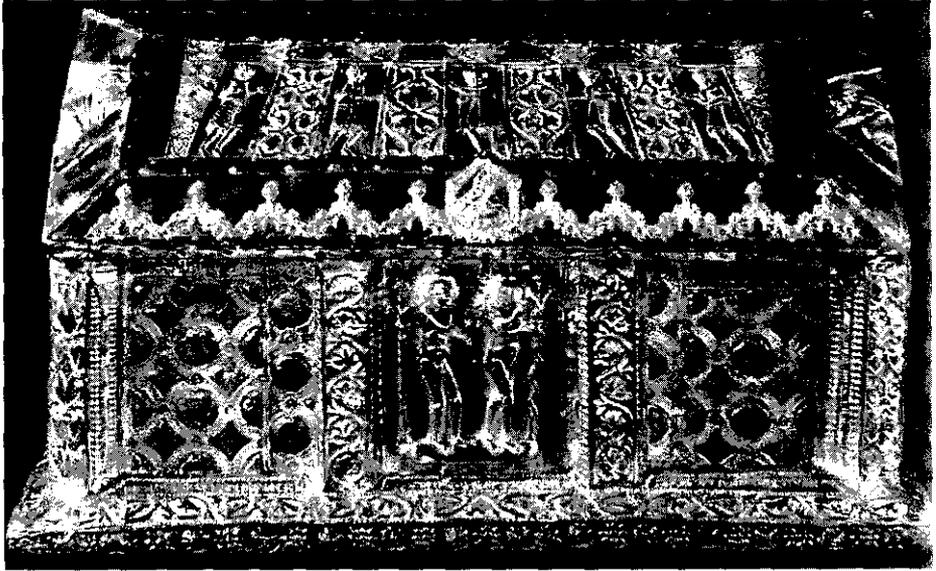


Fig. 3.—*Relicario de San Isidoro. León.*



Fig. 4.—*Santo Cristo. Catedral de Burgos.*

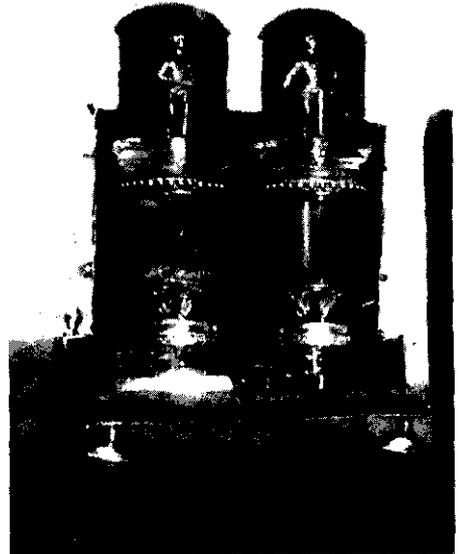


Fig. 5.—*Ampollas. O Cebreiro. Lugo.*